

EMILIANO J. MAC DONAGH

ESTUDIOS ZOOLOGICOS

EN LA ZONA DE GUALEGUAYCHÚ

(ENTRE RÍOS)

Extracto de la REVISTA DEL MUSEO DE LA PLATA (NUEVA SERIE)
Sección oficial, 1941, páginas 108-134

LA PLATA
REPÚBLICA ARGENTINA

1942

DEPARTAMENTO DE ZOOLOGÍA-VERTEBRADOS

Estudios zoológicos en la zona de Gualeguaychú (Entre Ríos), por el doctor Emiliano J. Mac Donagh

El viaje de estudios realizado a la zona de Gualeguaychú en los días de enero y febrero de 1941 tuvo entre otros objetos el de completar observaciones sobre la fauna costera, observaciones que se vienen realizando año tras año y que abarcan desde la boca del Río de la Plata hacia arriba, por el Paraná, extendiéndose a la zona lagunera bonaerense, por el río Salado, y por el Delta. Ahora me decidí a llegar al río Uruguay, de donde me faltaban colecciones y observaciones. Conocía la zona por un viaje quince años antes, pero a la sazón no me había ocupado de la fauna vertebrada, sino de las hormigas.

Con el objeto de tener más facilidad para el traslado fui en automóvil hasta Zárate (hoy General Uriburu) para tomar la balsa hasta Puerto Constanza y de allí seguir hasta Gualeguaychú. Las lluvias malograron el plan, pues el camino quedó intransitable y entramos en la ciudad a remolque de un carro. Una vez allí, con un baquiano a quien contratamos con su automóvil de campaña, de rodaje muy alto, no tuvimos obstáculos.

Fui acompañado por el preparador de mi Departamento señor Emilio Rizzo, quien se desempeñó con toda eficiencia. En Zárate me encontré con mi amigo el ingeniero agrónomo don Juan Luis Pedelaborde, segundo jefe de la División Semillas del Ministerio de Agricultura, quien coincidió en su misión con nuestro viaje y quien fué un compañero técnico de mucho valor. Por sus muchas atenciones dejo constancia aquí de mi gratitud.

La primera excursión se realizó desde el mismo Zárate a una isla del Delta del Paraná sobre el canal Yrigoyen, recorriéndose el terreno hacia el interior mientras se cazaban aves.

Se trajo de allí una discreta colección que fué preparada al regresar por la noche; comprende pájaros de los pastizales internos, juncales y bañados. En estos lugares puede observarse la formación de ambientes peculiares que reciben nombres locales del Delta, algunos de ellos ya registrados por Marcos Sastre; así, por ejemplo, las llamadas « horquetas », que son como canaletas de agua cegadas por una vegetación muy abundante, desarrollada con

mayor altura que la del terreno y es excelente hábitat para una fauna más variada, por lo mismo que es más variada la vegetación y ésta está siempre irrigada; los pájaros insectívoros andaban continuamente por estas horquetas. Otra formación típica es el « embalsado », que nos causó más de un chapuzón, pues consiste en la cubierta vegetal densa, tupida, entrelazada, en parte flotante, en su mayor parte sostenida y afirmada, y todo ello sobre las aguas de un arroyo o un bañado; aparenta ser un lugar de vegetación abundante, pero en realidad es una balsa de vegetación que no se desplaza. Nuestro guía ocasional nos aseguró que debajo había peces, pero no lo pudimos comprobar; de cualquier manera, es un tema que me propongo estudiar. Como se recordará, la gran creciente del año 1940 asoló estas islas; por ello la fauna de roedores y de muchos otros animales ligados al terreno había desaparecido temporariamente.

La ciudad de Gualeguaychú ofreció múltiples ventajas para los estudios planeados, en razón de la ubicación de la ciudad sobre el río, la buena red camiuera que parte de ella y los cómodos medios de movilidad de que allí se dispone. Agradezco especialmente al señor Pedro Eduardo Delfino, quien me asesoró sobre el plan esbozado para mis salidas, me puso en relación con quienes pudieron facilitarme mis tareas y fué incansable en sus preocupaciones por el éxito de la expedición. Debo decir que en los vecinos de Gualeguaychú encontramos un amor al terruño, un constante e ilustrado orgullo de su « patria chica » que es prenda de su continua ascensión a una simpática hegemonía en la región sudeste entrerriana, por « las tierras altas » y « las tierras bajas » que describiera con mano maestra uno de sus hijos, José S. Álvarez. Al señor Manuel Queirolo también agradezco atenciones.

La segunda excursión, partiendo ya de Gualeguaychú, tuvo por objeto reconocer el importante arroyo, con mucho de río, el Gualeyán, que es afluente del río Gualeguaychú. Contamos con la cordial ayuda de don Miguel Recalde, profesor de la Escuela de Comercio, quien en su lancha nos llevó aguas arriba hasta un lugar con monte natural poco menos que intacto y en el cual, así como en el curso de agua, trabajamos hasta la noche. Este lugar mostraba, como todos los ambientes en la vecindad del agua y no obstante su relativa altura, las huellas de la gran inundación; es posible que otras crecidas menores hubieran contribuido a acentuar el aspecto lavado del terreno. En algunos claros del monte, en terrenos algo arcillosos y con escasos pastos, quedando, pues, muchos espacios pelados, se veían los cráteres de los hormigueros de la especie *Dorymyrmex pyramicus* Rog. subsp. *brunneus* For. var. *spuria* For.

Eran cráteres en « gollete », muy levantados, correspondiendo, pues, al tipo de terreno arcilloso húmedo, como lo observara Bruch en Villaguay (*Revista del Museo de La Plata*, 1923, tomo 27, pág. 206, y lám. III).

En las orillas del río cazamos aves acuáticas, y pudimos observar en los grupos de grandes árboles algunas colonias del « pájaro zorro » o « cuaco », *Nyctycorax nyctycorax tayazu-quira*, con individuos inmaduros bastante

adelantados y algunos adultos ; estas « garzas de noche » efectuaban sus vuelos de traslado al atardecer, y por la observación y las informaciones recogidas determinamos la ubicación de algunas colonias en los grandes sauzales y en una alameda. La vegetación, varias leguas aguas arriba del Gualeacán, es muy variada, siendo notoria la riqueza en especies arbóreas ; muchas tienen nombres locales dados por el aspecto de su corteza, por el color de su madera o por tradición guaraní. En uno de estos montes cerca de la costa el señor Recalde descubrió en pleno día un « dormilón » o « atajacaminos », admirablemente disimulado por su mimetismo, contra la corteza de



Fig. 1. — En las aguas al borde del arroyo Gualayán, una banda de mojarritas se disputan furiosamente el cebo que se les ha arrojado

un árbol; cazado y preparado, nuestro colaborador don Alfredo B. Steullet lo ha clasificado como *Setopagis parvulus parvulus*. (En la zona de Puerto Constanza cazamos otro « atajacaminos », el *Podager nacunda nacunda*.)

En las aguas del Gualeyán se encuentran bien representados los peces de la zona, y tuvimos una demostración de la consabida voracidad de las mojarrras, *Astyanax spec.* Arrojando cebos de carne cruda y asada y grasa y de pan, todos en pequeños trozos, al borde de las aguas, se congregaban grandes cantidades de estos pequeños caracínidos, que asaltaban los trozos de comida, produciendo un alboroto en el agua. Parecían incansables e insaciables, acaso porque se renovaban. En varios casos, después de largo rato y aún una hora de lucha, los trozos más grandes los llevaban lentamente hacia el interior de la corriente, y más profundamente, con lo cual desaparecía la agitación de la superficie. Cada cebo tenía una banda de mojarrras

atacantes (fig. 1) y muchas veces los pececillos saltaban fuera del agua, brillantes, plateados y rapidísimos. Logramos una pequeña colección. Había otros peces en esas aguas, pero la abundancia de mojarritas dificultaba su pesca con anzuelo, pues aquéllos son los peces « descarnadores » por excelencia, es decir, que la carnada o cebo que se coloca la mordisquean continuamente. También pululaban las mojarritas entre la vegetación sumergida. Como suele suceder en estos ambientes, las tarariras (*Hoplias malabaricus*) andaban buscando presa y delataban su presencia de vez en cuando por las poderosas « atropelladas » a los sábalos u otros peces inermes que son sus víctimas preferidas.

La tercera parte de nuestro viaje fué dedicada a las pesquerías sobre la



Fig. 3. — La playa de la pesquería sobre el río Uruguay. Los dos cabos de la gran red están llegando a tierra, tirados lentamente por tandas de caballos

margen argentina del río Uruguay, no lejos de la amplia boca donde vierte sus aguas el río Gualeguaychú (fig. 2). Existen por estos lugares pesquerías importantes que, en una proporción reducida y seleccionada de sus frutos, suministran el pescado de excelente calidad que se consume en Gualeguaychú, pero cuya masa se utiliza en la fabricación de aceite de pescado y los restos de la cocción sirven para el « guano de pescado » o abono. Entre los varios establecimientos que podían ser visitados elegí el del señor Juan Rodríguez por su amplitud y sus comodidades. Agradezco al señor Rodríguez las facilidades con que favoreció a nuestra comisión, permitiéndonos elegir ejemplares de la pesca, alojándonos, y, por último, haciéndose cargo del envasado y conducción al puerto de la voluminosa colección de peces preparados.

La pesca que aquí efectúa se llama « la pesca del sábalo » en razón que esta especie (*Prochilodus spec.*) es la más apta para la extracción del aceite, por su gran masa de individuos y por su riqueza en sustancias grasas. La especie se dice que es única, pero quisiera disponer de más materiales y de distintas épocas para presentar una opinión definitiva sobre este asunto.

La pesquería del señor Rodríguez y las otras establecidas en esa zona estaban en trabajo próspero, sin embargo que no era una época con el mayor rendimiento conocido. Varias causas influían para ello; por una parte, la pesca no es regular, pues el sábalo se presenta en grandes « bancos » o masas migratorias (acaso sean sólo movimientos locales, pero su desplazamiento es lo bastante amplio como para afectar la pesca); los vientos dominantes y el nivel de las aguas favorecen o no las redadas; parece haber desde hace varios años una disminución en la masa de los peces. Además, un factor económico es decisivo en el presente de la industria del aceite de pescado, a saber, la demanda del mercado. Tanto el aceite como el guano van a mercados extranjeros, y la guerra afectó la exportación y las compras. Hasta, según creo, hubo un cambio en el destino de los embarques. Por esos años, según se me dijo por parte de los industriales, hubo cambios apreciables, que una vez alentaban y otras deprimían al productor argentino. Queda por señalar un último hecho de importancia: la desastrosa inundación del 15 de abril de 1940. Como se recordará, esta inundación se produjo en forma no previsible, pues no consistía en una avenida o aporte considerable de agua por creciente o por lluvias locales, sino porque un fortísimo viento en la boca del Río de la Plata « detuvo », « paró », el descenso de las aguas; éstas crecieron de nivel e inundaron las tierras ribereñas, desde el Plata inferior hasta su nacimiento, y el Delta del Paraná, y aguas arriba de éste, y de su afluente el Uruguay. En los diarios pueden encontrarse numerosos datos reveladores de la magnitud del siniestro, que fué especialmente sentido en la zona de Punta Lara, cerca de La Plata. En las pesquerías de Gualeguaychú los daños fueron muy grandes. Al dirigirnos a ellas por el camino de los camiones, tortuoso, desperejo y entre un monte virgen, interrumpido por arroyuelos y cañadas y bañados, encontramos restos de construcciones arrojadas monte adentro por las aguas, y, lo más sorprendente: a gran distancia de su anterior emplazamiento, algunos grandes tachos y calderos de los que se usan para hervir el pescado, estaban aplastados o abollados, inservibles. Los hombres que trabajaban allí pudieron refugiarse en la casa del señor Rodríguez, que está edificada a buena altura, sobre pilotes, y se salvaron, aunque pasando hambre y angustias. Pero hubo otros que se ahogaron. Nuestro baquiano en estas excursiones es un criollo de pura cepa entrerriana, y, más aún, nativo del « rincón » de Gualeguaychú, y asiduo de la estanzuela del señor Pedro Delfino, padre de don Pedro Eduardo, y en la cual se hospedaban por temporadas algunos de los creadores y más reputados mantenedores del nuevo género, las charlas del fogón, cuyo más famoso personaje era Don Montiel, personaje real, hijo de aquel pago. Nos contaba, pues, nuestro baquiano, que cuando se retiraron las aguas se acudió a socorrer a los posibles sobrevivientes entre los montes, pues los árboles altos sirvieron de refugio a muchos y se salvaron, pero que también se hallaron los cadáveres de los infelices que no tuvieron tiempo de huir, y contaba que aparecieron hasta media docena de cuerpos de desconocidos aún para

la policía : según las mentas, fueron gentes alzadas a monte, para recordarnos que todavía quedaban matreros en « las tierras altas ».

Las pesquerías de sábalo son hoy una causa de seria preocupación porque mucha gente más o menos entendida sostiene que la pesca excesiva amenaza con destruir el « sabalaje » como fuente de riqueza. La sola contemplación de las masas de pescado que se logran, da la sensación de la amenaza. Pero no hay que decidirse sólo por impresiones. Una información más segura, más científica, se obtendría con la consideración de las cifras de elaboración de aceites, considerando un promedio obtenido experimentalmente de la relación entre el número y el tamaño de los sábalo (con lo cual se tiene un dato aproximado de su edad y de su madurez) y la cantidad de aceite que se logra. Parece cosa cierta que en varias zonas del Delta y Río de la Plata ha disminuído considerablemente la cantidad de los sábalo. Sin embargo, no es cosa de atribuir ese fenómeno a la sola pesca por parte de las fábricas. Sabemos muy poco o nada sobre la biología de estas especies. Más de una vez se me ha interrogado sobre cuáles son los sitios de desove, y he confesado que no lo sé. Una publicación oficial la señala por el Alto Paraná y Alto Uruguay, en aguas cálidas. Sería preciso un gran estudio, porque además es especie migratoria. En San Pedro, en enero de 1937, presencié la migración, lo que se llama la « arribada del sabalaje », aguas arriba, pero eran peces de tamaño mediano, es decir, jóvenes (véase esta misma *Revista*, sección oficial, para 1937, págs. 90-91). En San Pedro y otros lugares del Paraná inferior he determinado ambientes que yo llamo « lagunas de cría », donde los sábalo y otros peces se desarrollan hasta cierto tamaño, como si fueran lugares de refugio mientras adquieren el vigor necesario para pasar a vivir en las aguas del río, donde el dorado y las palometas son sus constantes amenazas (véase *Revista del Museo de La Plata* (N. S.) t. I, secc. Zool., pág. 205). No está comprobado que sean lugares de desove y nacimiento, ni lo parecen. Algunos pescadores viejos y expertos dicen que los sábalo desovan en aguas tranquilas y profundas, como las que se encontrarían en el Plata superior, en ciertos puntos cercanos a Martín García, etc. Otros precisan que desovan más abajo, donde el Plata es de gran anchura y donde hay suficiente profundidad. Todo está por verse.

La pesca del sábalo en esta pesquería lleva dos o tres horas por cada lance de la red. Presenciamos el final de uno, otro completo, y el comienzo del tercero. La red es muy grande, creo que de 700 metros de largo por una altura común a las de arrastre, aunque oí hablar de tres metros en la parte del copo. Me desentendí deliberadamente de ciertos pormenores que corresponden más bien a los inspectores de la pesca, si los hay. La malla es muy ancha, con lo cual no se matan inútilmente los pescados de las especies pequeñas y las crías; de manera que mi colección, traída al Museo, casi no incluye ningún pescado chico, salvo algún prisionero casual.

El río Uruguay en el lugar de la pesca (fig. 2), sobre el lado argentino, describe una gran curva, correspondiendo a una inmensa playa de un descenso



Fig 3. — La gran red ha sido arrastrada hasta la playa y queda por extraer el copo o bolsa con la enorme masa de sábalos
Los caballos son colocados a tiro más corto, cinchando lentamente

tan gradual que se ve a los hombres a caballo internarse por cuerdas antes que el agua los obligue a nadar (En el diario *La Nación* del 28 de marzo de 1937 apareció una serie de magníficas fotografías de las operaciones de la pesca). Dos tandas de jinetes se disponen para cinchar hacia tierra de cada extremo de la red una vez que se produzca el encierro, y quedan separados varias cuerdas entre sí, arrimándose progresivamente hasta la sacada de la parte central de la red o « bolsa ». Esperan a la sombra mientras la lancha con la red, bien río adentro, recorre las aguas en busca del banco de sábalos ; y a veces esperan tanto que comen un asado para estar luego libres en las horas de trabajo que vienen. Esta recorrida de la lancha la observábamos con los prismáticos, tan lejos queda el cauce profundo. Sobre la cubierta de proa de la lancha va un experto, un pescador baquiano, de pie, y a la gran distancia se le veía en una rigidez llamativa. « Es hombre de instinto », se nos explicaba. Su misión consiste en « sentir el sabalaje », es decir, localizar el banco de peces en movimiento, e indicar cuál es el punto más favorable para lanzar la red y lograr una redada mayor. Era voz unánime que solamente aquel hombre tenía oído y vista tan afinados como para no errar, y que a lo sumo algún otro le podría reemplazar mediocrementemente. La orden la daba con un movimiento del brazo, sin hablar. Cuando la lancha comenzaba a arrojar la primera parte de la red, los hombres que habían estado en la playa, algunos tomando mate después del asado, se dirigían a caballo hacia el lugar. Si éste permitía hacer pie, el capataz que había ido en la lancha se lanzaba al agua a dirigir la operación. Terminado el rodeo, habiendo lanzado la red, el otro equipo de jinetes tomaba la otra punta y entonces comenzaba el arrastre. Es una operación lenta, progresiva, y que las órdenes del capataz coordinan para que las puntas vayan hacia tierra al mismo paso. Cuando la bolsa toca en fondo y ya se puede andar, aunque sea con el agua al pecho, el capataz y unos peones marchan por fuera y por dentro del embolse para evitar que pueda volcarse y liberar su carga, preocupación muy de tenerse en cuenta a causa de los troncos que suele arrastrar la corriente, o por cualquier otro **obstáculo** a la marcha. Poco a poco llegan a la playa descubierta los cabos de los extremos de la red y entonces se va tirando a la cincha, cada vez más

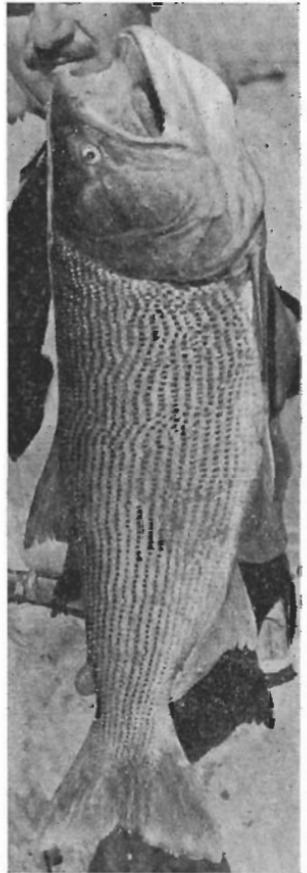


Fig. 4. — Un dorado de buen tamaño que ha salido con la redada de sábalos

corto (fig. 3). Los pescados que quedaron enredados en esta primera parte son sacados, se los amontona, y vienen los peones con los carros y las carretillas; los cargan ensartándolos con horquillas y los llevan a los grandes tachos para hervirlos. Se disminuye el número de caballos que cinchan.

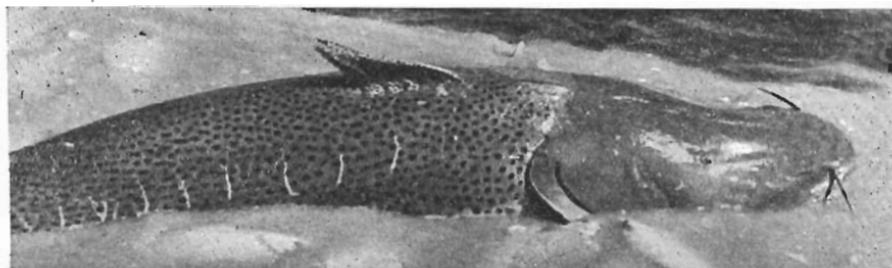


Fig. 5. — Un surubí que la red llevó a tierra. No es de los mayores

Por último, cuando queda por sacar sólo la gran bolsa, donde forcejea por escapar una gran masa de pescados, ya en nada más que un palmo de agua, todos los hombres se juntan en un gran esfuerzo final y se la lleva rápidamente a la playa de extracción, donde quedan amontonados, casi todos vivos aún, y se selecciona la pesca. Tal es una redada de arrastre en las pesquerías del sábalo.

Pocos otros peces que el sábalo aparecen con la masa de esta especie.



Fig. 6. — El surubí tiene todavía en sus fauces un sábalo, cabeza adentro

Algunos escasos dorados (fig. 4) y no de los mayores; algún surubí (fig. 5) que estuvo comiendo de los que le llevaron a la muerte (fig. 6); ciertos Loricáridos o viejas del agua; un corto número de corvinas, *Pachyurus bonacensis*; y casi nada más.

La llegada de la red atrae ciertas aves acuáticas de régimen más o menos obligadamente ictiófago. Los primeros en llegar son los insaciables viguás, *Phalacrocorax olivaceus olivaceus*, que son de una audacia sin igual, bajando entre las ramas de la red, merodeando por fuera de ella y capturando los peces menores que logran escapar entre

sus gruesas mallas. Luego vienen las gaviotas comunes o de capucho café, *Larus maculipennis*, y los que allí llamaban « rayadores », que no son éstos (*Rhynchops*), sino un gaviotín audaz, gritón, muy ágil, que casi no teníamos en las colecciones del Museo, la *Phaëtusa simplex chloropoda*, el atí, o gaviotín, llamado la esterna de pico grande en las obras de Wetmore y

Murphy; el primero lo observó en el río Paraguay y dice, entre otras cosas : « Frecuentemente vuelan bajando hasta enfrentar a un intruso y lo examinan curiosamente o protestan vigorosamente con llamados roncos y ásperos ». Exactamente lo que nosotros vimos. Este gaviotín, dicen aquellos autores, es estrictamente fluvial, y esta subespecie corresponde a la cuenca que viene desde el Paraná y el Paraguay. Cazamos un inmaduro y un adulto.

Con la aparición de los viguás presencié un curioso caso y fué la intervención de dos perros que hasta entonces rondaron los asados y luego engulleron los restos, perros ordinarios, sin raza definible, poco menos que sin



Fig. 7. — Los dos perros vagabundos se lanzan al agua a perseguir los viguás que nadan siguiendo la red. Compárese la disposición de los equipos de caballos con las de las figuras 2 y 3

dueño conocido y que según me dijeron los peones siempre se comportaban de aquella manera. Se lanzaron al agua (fig. 7) como unas furias para perseguir los viguás, que ya nadaban alrededor de la red; si las aves levantaban vuelo, los perros las esperaban y donde hacían la picada, allí se lanzaban a perseguirlas; esta actividad duró todo el largo tiempo que las sacadas de la red. Cuando, ya terminadas, comenzaba la carga de los sábalos a los carros, los perros se sosegaban y comían pescados abandonados (fig. 8). Anoto este caso de « pesca canina » en nuestro país porque es en parte complementario de los casos publicados por Gudger en dos artículos y donde se ve que el curioso instinto llega hasta la verdadera pesca, con entrega del pescado al amo (véase Gudger, E. W., 1941, *Canine Fishermen. Accounts of some dogs that went a-fishing*, en *Natural History*, 47, n° 3, : 140-46, ilustrado y con bibliografía, March, New York, donde trae

nuevos datos respecto de casos de aprendizaje, de « sport » y de alimentación canina por la pesca ; complementa los datos de su artículo *Dogs as Fishermen*, aparecido en la misma Revista en 1923). Aquí lo curioso fué la ira que les provocaba la aparición de los otros pescadores animales, los viguás, a los cuales recibían con ladridos furiosos.

En la próxima memoria daré cuenta de un caso de cerdos de una pesquería, sobre el Río de la Plata, que se alimentaban de pescados.

En resumen, la cosecha de ejemplares para el Museo en estas redadas de la pesquería fué muy buena.

Anoto que allí es muy escaso el pirapitá o « salmón del Paraná », un



Fig. 8. — Los perros, al final de la tarea, comen sábalos

caracínido muy interesante y que vengo estudiando desde hace tiempo, entre otras razones por estas particularidades de su distribución.

Nuevamente de regreso en Gualeguaychú salimos para la estancia « La Peregrina » (los paisanos le dicen « la Pelegrina ») en la región llamada El Médano, de los señores Berisso, y agradezco al señor Eduardo Berisso la autorización para cazar y la hospitalidad que nos brindó. Para llegar allí hay que volver hacia el sur, por el mismo camino terraplenado que utilizamos la ida, pero como a mitad de camino se tuerce hacia el poniente. La zona que atraviesa este camino entre Puerto Costanza y Gualeguaychú es un verdadero paraíso de las aves. Está cruzada por multitud de arroyos y tiene grandes espacios con bajos, cañadas y bañados, alternando con grandes montes. Casi está de más decir que la vegetación acuática sobre-

abunda en las lagunas. Los camalotes constituyen obstáculos poco menos que invencibles para llegar hasta el interior. Algunas especies de aves que son escasas en los ambientes de la costa del Río de la Plata, o hasta el Salado, y aun de ciertos puntos poblados del Delta occidental y la vecina tierra firme costera del Paraná, están en una abundancia gloriosa en estas tierras entrerrianas del « Rincón » desde los últimos brazos del Paraná hasta la desembocadura del Gualeguaychú. La gran garza blanca, *Casmerodius albus egretta*, que se puede ver en aquellos otros ambientes como una figura solitaria resaltante, aquí, en éstos, la vimos en bandas de hasta cincuenta; y una vez todos creímos contar cosa de doscientas al volar las garzas desde un gran monte, espantadas por un disparo. Abundante asimismo era la garcita mirasol, *Leucophoyx thula thula*, que, como se sabe, suele ser más solitaria y como acogida a las bandas mayores de la especie grande. No eran, obsérvese bien, « pueblos » de garzas, o « garzales », es decir, bandas en cría, que se pueden observar congregadas en los juncales o formando estratos de nidos en las arboledas; no lo eran porque ya había pasado la época; recuérdese que estábamos ya a medio verano. También se veían grupos de hasta media docena de espátulas, *Ajaja ajaja*, que allí llaman « pato rosado ». Se vió una fila india de seis gallinetas azules, *Ionornis martinica*, escurriéndose por una sendita de animales silvestres entre dos bañados ahogados de espadañas y juncos, y la rareza y hermosura de esta especie da, para quien las conoce, la razón del entusiasmo con que celebramos el hallazgo. Trajimos ejemplares para nuestra colección del Museo, que casi no las tenía.

Todo esto que llevo dicho, y sin otro ánimo que el de ofrecer una idea de lo que es aquel rincón privilegiado, nos mueve a una sola conclusión práctica: Protéjase la naturaleza silvestre de este paraíso.

En la estancia de los señores Berisso, que es extensísima, no se permite cazar, por lo cual la fauna nativa prospera, y es en general (salvo « bichos » dañinos como el carancho y el jote o cuervo) de una mansedumbre ideal para el naturalista que desee estudiar sus costumbres, y, de ellas, lo que llamamos hoy su comportamiento. Bañados y lagunas salpican el campo de la estancia y en partes aparece al desnudo una gran masa de arena formando los médanos que dan su nombre a la región (fig. 9). La vegetación de la pradera llega hasta el pie del médano y a veces a su lado hay también árboles corpulentos. Por cierto que en el campo abundan los algarrobos, espléndidamente desarrollados, y como quiera que estamos acostumbrados a asociar la figura de este noble árbol con nuestras tierras secas, era sorprendente encontrar en « La Peregrina » muchos de ellos en medio de extensas lagunas casi sin vegetación acuática, y de una profundidad media de dos pies, a cuyos bordes pastaban grupos de chajás (*Chauna torquata*) y algo adentro se movían, picoteando, las grandes zancudas, como la cigüeña y el cabeza de hueso. A un paso de la casa de la estancia, en las horquetas mayores de los árboles, como estos algarrobos, cuyo pie estaba rodeado por las aguas,

se asentaban a la hora de la siesta los patos silbones silvestres, alisando sus plumas o dormitando mientras se los observaba desde la galería que rodea las casas.

Corriendo hacia el sur hay una suerte de canal natural casi derecho, con gran vegetación acuática, y paralelo a cada lado un albardón (o sea un borde de acumulación) y corría perpendicularmente hasta el brazo del Paraná llamado Paranacito, que cierra el campo por el sur; ya llegando a su fin, el canal está limpio y profundo. Aquí se pesca mucho dorado (*Salminus maxillosus*), a la línea. Otros albardones espaciados y más o menos paralelos a aquéllos separaban franjas de campo de pastoreo interrumpidos por lagunas, pero no tuve tiempo para recorrer toda esa extensión, no obstante mi



Fig. 9. — Uno de los médanos que dan su nombre a la región de El Médano donde está la estancia La Peregrina

interés en estudiar esos ambientes. Al lado occidental del dicho canal encontramos la gradación natural desde los ambientes de bañado hasta los de los campos de lomas. Cazamos en poco espacio varias especies de chorlos. En algunos puntos había a escasa distancia del canal verdaderos montículos de caracoles rotos del género *Ampullaria*, la víctima del halcón caracolero *Rosthramus sociabilis*, y estaban en lugar sin árboles ni postes, lo cual revelaba que la rapaz se asentaba primeramente sobre el suelo y luego sobre el cúmulo de caracoles para extraer su presa; esto no se observa en otros sitios, pues los restos suelen hallarse al pie de los árboles o en todo caso de los postes de alambrado o de telégrafo, etc. Por aquí dimos en un atardecer con una banda de cinco magníficos ejemplares de la gran bandurria mora, *Harpiprion caerulescens*, de la cual logré abatir uno. Andaban al paso, yendo del campo hacia el agua, emitiendo voces atenuadas, pero con tono de trompeta. Al foguearlas, tomaron poderosamente el vuelo, batido.

con fuerza, y no hay duda que son duros para el plomo, confirmando lo dicho por Wetmore : « Vuelan con el cuello y las patas estirados a la manera usual de los ibis y son de cuerpo fuerte y musculoso, por lo cual son duros de matar y, cuando se los logra, difíciles de cuerear. El cuerpo despide un desagradable olor mohoso parecido al del cuervillo de cañada ». Esta localidad y su fecha (principios de febrero) son interesantes respecto de la bandurria mora que Wetmore encontró en septiembre en el Chaco paraguayo y que hoy es muy rara en la latitud del Delta. En el Museo de La Plata sólo poseíamos un ejemplar montado, de la colección vieja, y sin procedencia segura.

Además de la colección de aves acuáticas trajimos de « La Peregrina » otras, por ejemplo, cotorras (anidaban en los altos eucaliptus del cuadrado de « las casas »), palomas, que eran muy abundantes, y un casal de ñacurutús que anidaba en los dichos árboles y que vivían desde ya mucho tiempo en ese sitio, según testimonio de las caseras de la estancia, ancianas que no perdonaron al cazador su buena puntería, pues les traería « desgracias ». Seguramente que después prosperaron las lauchas.

Nuestra siguiente excursión fué a la estancia « El Salto », del señor Méndez Casariego, a cuya familia agradecemos la hospitalidad. Queda al norte de Gualaguaychú, lindando con el río homónimo y donde éste forma unos ruidosos rápidos que por veces son un verdadero salto. La zona es alta, de monte, de carácter opuesto a la que veníamos de estudiar en El Médano. A orillas del río estaba instalado un campamento de veraneo de los hijos de la casa y nos sirvió de base. Se caza por allí el carpincho y el lobito de río ; de la primera especie nos dieron un cuero, cráneo y patas de un ejemplar joven ; una tentativa de cacería nocturna resultó inútil. A la orilla derecha del río, que aquí corre rumbo al sur, por entre la gran arboleda en galería culebreaba una senda formada por el paso de animales silvestres, y sobre todo los carpinchos (fig. 10) cuyas pisadas eran abundantes (fig. 11). Según explican los conocedores, este pasaje, « el camino de los carpinchos » (más se oye decir « capinchos » por allá) lo usan para ir de sus refugios hasta sus « baños », lugar o remanso del río donde se solazan bañándose ; los tales refugios o « dormideros » están entre el espesísimo y alto pajonal cerca del salto, donde pueden verse las pajas aplastadas, caídas, y las sendas abiertas por el paso cotidiano de estos andariegos roedores ; no parece haber cuevas o nidos propiamente dichos. El lugar es bien conocido, pues hasta allí llegaron hace unos lustros las tropas del ejército en las maniobras de invierno, cuando hubo una famosa época de lluvias y crecientes que interrumpió las maniobras, y los soldados grabaron con grandes letras en las piedras la fecha y los números de sus regimientos.

Hasta El Salto ascienden muy bien los dorados y abundan los sábalos ; bajo los grandes árboles de la orilla pescamos a la línea y logramos sobre todo las « juanitas » (*Crenicichla spec.*), que son muy voraces. El río recibe algunos arroyos, y en uno de ellos, de aguas mansas, casi enteramente cubiertas



Fig. 10. — El camino de los carpinchos a lo largo de la orilla boscosa del río Gualeguaychú en El Salto

por la « lama », o sean las algas verdes (fig. 12) en donde su profundidad no pasaba de un palmo, se veía cómo andaban los « sabalitos », es decir *Prochilodus spec.*; están allí todavía en período de crecimiento y juzgo que serían de unos veinte centímetros, habiendo observado solamente uno que era algo mayor, quizás de treinta; es decir, pues, que estos afluentes tranquilos y poco profundos sirven en las cabeceras de los ríos como las « lagunas de cría » sirven en la costa del mismo Paraná, y a las que ya me he referido. Este es un tema digno de un estudio detenido, con materiales de diversas procedencias para poder extraer una conclusión de significado biológico general.

En el terreno vecino a las orillas, alto, algo accidentado por las lomas y por barrancas de arroyos o simples vaguadas ahora secas, había viscacheras y cuevas de otros animales, por ejemplo, del lagarto grande o iguana, *Tupinambis tequixín*. Las cuevas de éste eran sencillas, con una boca regular, bien visible, abriéndose casi horizontal; para cazar las iguanas se las « pesca », usándose anzuelos cebados múltiples (fig. 13) sostenidos con alambres en cadena, para que jueguen pero que no puedan ser cortados, y luego atados a un piolín fuerte, el cual se fija en tierra con un clavo metálico, de manera que los anzuelos queden cerca de la entrada de la cueva. El cebo es carne o grasa cruda. Así se cazó uno por el empeño del señor Manuel Almeida,

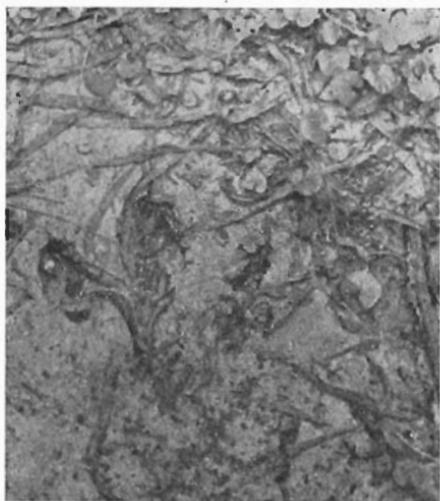


Fig. 11. — Una pisada del carpincho sobre el suelo húmedo de su camino habitual



Fig. 12. — Un arroyo de aguas tranquilas, cubiertas por la « lama » (algas verdes) afluente del Gualaguaychú y donde viven los sábalos juveniles.

quien pasaba allí sus vacaciones y es hoy director de la Escuela Láinez de Villa Federal, más al norte, y a quien agradezco, además, la donación de

una comadreja coligruesa (*Marmosa spec.*), especie de la cual él me había contado cómo vive en los nidos abandonados, los hornos, del hornero.

Aquí pude observar también que la paloma llamada « de las alas coloradas » y por allí le dicen asimismo « de la sombra », nombre que he escuchado a gente de las sierras de Córdoba, por Calamuchita, tiene la costumbre cuando el sol está más bravo, de asentarse en el suelo, bajo la sombra de los árboles más coposos, y se la pasa comiendo o descansando, y espolvoreándose. Es arisca, difícil de cazar, y cuando está entre el ramaje, solamente los ojos más expertos logran descubrirla. Su voz es peculiar, pero es maestra en callarse cuando se la busca. Uno de los lugares donde la observé

es en el de la figura 12, al otro lado del arroyo, y en la sombra densa más allá del limpión de tierra clara que se ve en el centro.

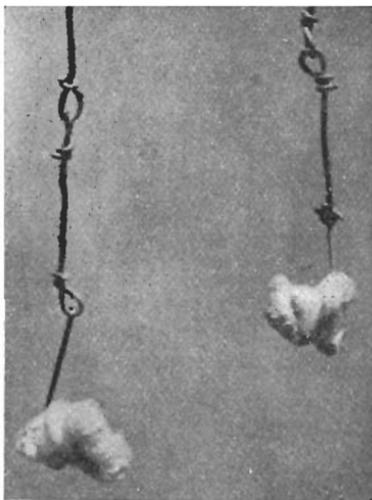


Fig. 13. — Anzuelos múltiples, cebados para la iguana

Aquí vimos algunos grandes avisperos de los llamados camuatá (diferentes del camuatí), bien alto en los árboles. Un viejo peón sabía cómo extraer la miel sin ser picado por las avispas y sin ahumarlas; comenzó su demostración golpeando con un palo, un « talero » o mango de arriador, el tronco del árbol donde estaban; los golpes eran netos y con ciertas pausas; las avispas no le atacaron ni a quienes estábamos a su lado; pero súbitamente aguijonearon a una persona a más de treinta metros y un caballo con montura, atado en el campamento. Ya sabemos cuán sensibles son los caballos al tóxico de avispas, abejas y hormigas; el

alboroto y los corcovos lo confirmaron; persuadimos al « mago » que suspendiese su hechizo hasta que nos fuésemos.

En la estancia tenían un ñacurutú (*Bubo virginianus nacurutu*) de algo menos de un año, criado desde muy pichón, como « guacho », y era manso y respondía al llamado. Dormía en una cochera con techo de paja quinchada y volaba a esconderse hasta unos grandes árboles, pero andaba por toda la estancia. Se alimentaba de carne picada o por su propia cuenta se procuraba ratas. Es decir, su estado era semi-doméstico, y se le reputaba como útil y nada dañino. En cuanto a su instinto, se sabía bien que reconocía a las personas. Le tomé varias fotografías y casualmente una (fig. 14) acertó con un parpadeo de la membrana nictitante o tercer párpado, que por transparencia permite ver la ubicación de la pupila; el ave parecía molesta con la gran luz del día, pues se la obligó a salir de su refugio y luego que se escondió entre el ramaje, nuevamente se la hizo volar, hasta que se asentó en



Fig. 14. — Un ñacurutú de casi un año, criado « guacho » y que es semi-doméstico. La instantánea ha coincidido casualmente con el movimiento de la membrana nictitante de los ojos, por lo cual los globos de éstos tienen un curioso aspecto de estar semi-velados.

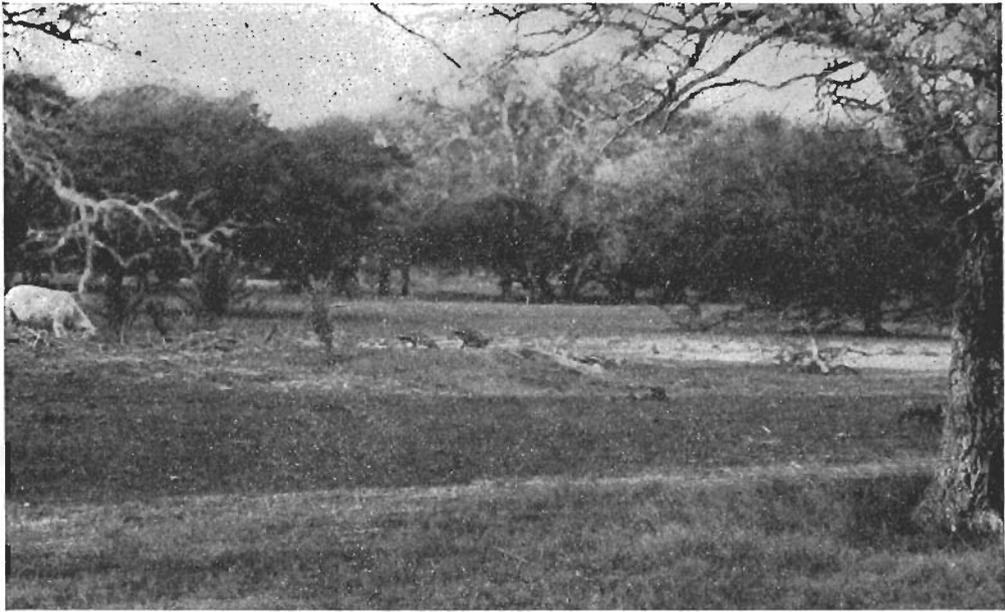


Fig. 15. — Una vizcachera en un espacio de campo parcialmente rodeado por una isleta de monte. Obsérvese los dos vizcachones sobre el cúmulo de tierra extraída al hacer las vizcachas su madriguera. Los vizcachones permanecen como mirando en otra dirección que la del observador que se les aproxima.



Fig. 16. — Una vizcachera bajo el ramaje de los árboles. Obsérvese la actitud del vizcachón semejante a la de los de la figura 15

un poste de alambrado. En otras fotografías aparecen sus grandes ojos con las enormes pupilas que le dan ese aspecto tan temido por ciertas gentes. Las plumas eréctiles que forman las « orejas » o « cuernos » eran muy movedizas, y solía erguirlas al llamarle la atención una voz o un gesto rápido.

Aparte de otras cacerías, sobre todo de aves de una cañada en el medio del campo (la cual iba después a dar al río) mi interés se concentró en la obtención de vizcachas. En ciertas partes del campo hay muchas vizcacheras, típicas en su desarrollo sin obstáculos, algunas grandes y viejas, otras iniciadas

V i

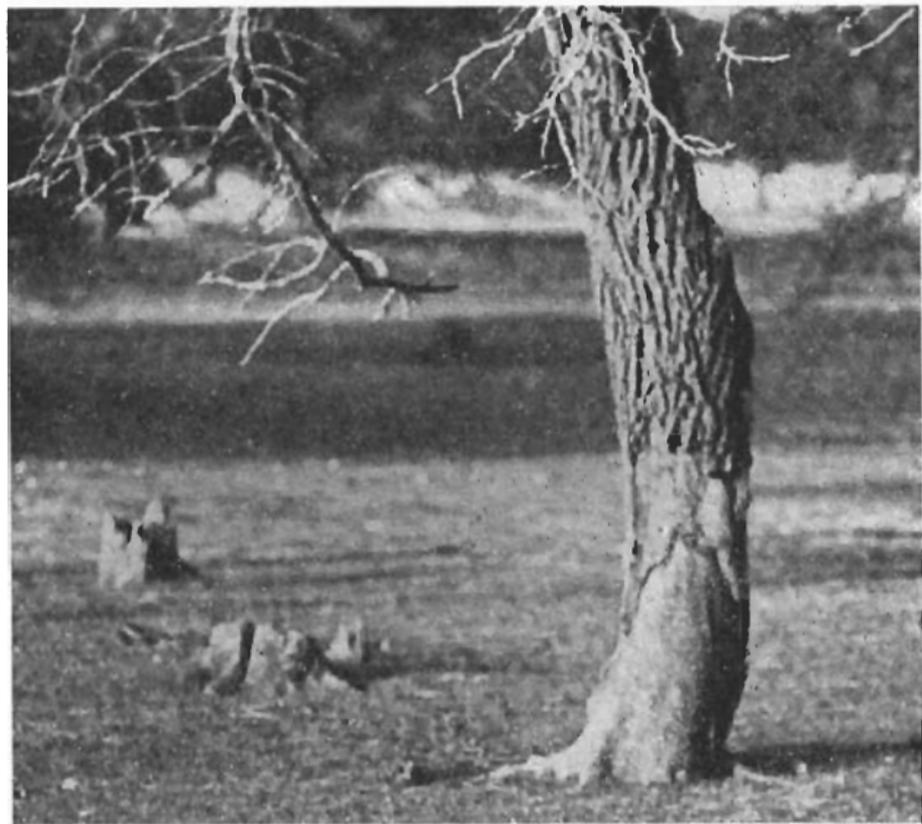


Fig. 17. — Las vizcachas han roído el tronco de un árbol del campo cercano a la vizcachera, hasta la altura donde alcanzan paradas

recientemente, reveladoras así de la vitalidad de la « población » en medio de campos con hacienda, ovejas, vacas, caballos. Hay montes, con buena madera, por ejemplo algarrobo y ñandubay, ésta, la clásica madera durísima, apta cual ninguna para los postes de alambrado. Las vizcacheras estaban excavadas indistintamente a campo abierto, o entre las « isletas » de monte (fig. 15) o directamente bajo y entre los árboles (fig. 16).

En general, los troncos o las robustas raíces de los árboles al lado de las vizcacheras no estaban atacados por estos incansables roedores; pero a veces, a cierta distancia de las bocas de las madrigueras, habían roído la corteza del cuello y base del tronco de algún ñandubay u otro (fig. 17); se observará que por la altura hasta la cual han pelado han debido pararse sobre las patas; las raíces superficiales también estaban peladas. Como se puede ver

por las fotografías, hay alrededor de las bocas de las vizcacheras algunos trozos de ramas secas o pedazos de troncos, o cortezas rotas, pero no tanto como se ve en otras partes; la escasez o falta de cardos por allí no les da ese aspecto entreverado que se suele observar en otras regiones; pero lo que vi en varias de ellas eran los trozos de ramas, de uno o dos pies de longitud, sin horquetas, bien peladas y casi lustradas, que son peculiares de las vizcacheras muy pobladas; según los paisanos son « palos de baile » porque supongo habrían observado la vizcacha « jugando » con ellos, y de ahí el dicho: « más pelao que palo de bailar la vizcacha »... que se aplica a un campo taladò, a una calva o a una hospitalidad poco generosa. Como siempre, al atardecer salieron los vizcachones a examinar la situación, y, aunque



Fig. 18. — Otro vizcachón, aislado, que se deja arrimar mirando de costado listo para saltar a la boca de la cueva

habían sido perseguidos a tiros pocos días antes, eran bastante confiados. Aprovechando las últimas luces de un día muy claro y usando películas especialmente sensibles y pancromáticas, sin filtro, con un teleobjetivo de 13,5 cm y un semitele de 8,5 cm tomé fotografías de sus actitudes (figs. 15, 16 y 18). Es cosa bien sabida (por lo menos para un naturalista hijo del país, aunque sea un naturalista sin título oficial, como lo son tantos estancieros ilustrados) que las vizcachas son animales de costumbres muy peculiares no solamente en lo que se refiere a su vida, lo que decimos la historia natural de una especie, sino también en lo que llamamos comportamiento, para traducir así el concepto de «behaviour» o conducta. Este capítulo ya está anticipado, como tantas otras directivas modernas, por nuestro Hudson, el autor magistral de lo que él mismo tituló la «biografía» de la vizcacha. Los movimientos de la vizcacha en sus apariciones crepusculares a la puerta de las cuevas llaman la atención por su brusquedad y porque son ejecutados casi siempre con todo el cuerpo, tan macizo. Miran muy



Fig. 19. — Cabeza de una vizcacha recién muerta

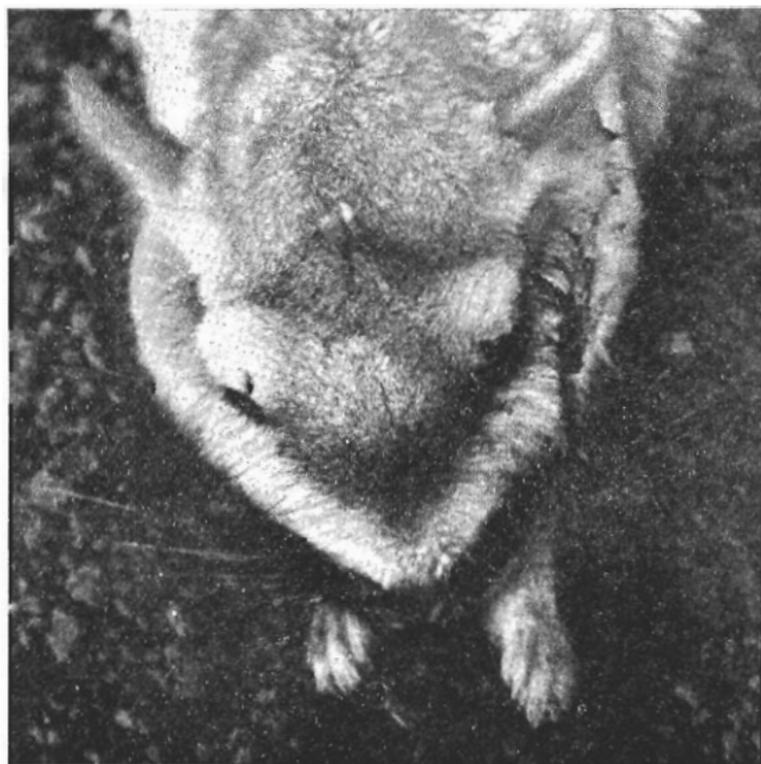


Fig. 20 — La misma de la figura anterior, vista por arriba



Fig. 21. — Manos de una vizcacha, por su cara inferior



Fig. 22. — Pies de la vizcacha por su cara inferior para mostrar su adaptación a la función. Véase la explicación en el texto

bien de frente, pero lo hacen otras tantas veces de flanco. Balancean un poco la cabeza, pero su manera favorita de observar al intruso es con todo el cuerpo en una línea, y se dan vuelta en una dirección o en otra, de golpe, y así se quedan como en tensión. Gruñen o resoplan, pero no cambian de actitud. Primero salen los machos adultos, los vizcachones, fácilmente reconocibles por su robustez, los colores más marcados y sus grandes cerdas labiales, los « bigotes », que deben ser de una sensibilidad muy útil. Luego aparecen las hembras y los jóvenes, todos movedizos, y de movimientos menos rígidos. Cazados algunos ejemplares, tomé en fresco las fotografías de la cabeza de una vizcacha no del todo adulta (figs. 19 y 20); se nota bien la separación de los colores y matices en franjas y las manchas de color sobre la cabeza. También sobre el animal recién muerto tomé las fotografías de las manos y patas, ejemplo admirable de la adaptación a la función. Pero para esto, mejor transcribir a Hudson. Dice así: « La pata y el pie posteriores suministran una muy hermosa muestra de la adaptación. Sostenidas las vizcachas por la cola, dura y encorvada, se sientan erguidas, y tan firmemente sobre los largos discos córneos de la cara inferior de las patas posteriores como un hombre se apoya sobre sus pies. Para mayor admiración, en el dedo medio la piel se engrosa para formar una almohadilla redonda, en la cual están implantadas cerdas curvas como si fueran dientes, muy bien escalonadas en longitud, de manera que cada pelo en particular pueda entrar en contacto con la piel cuando el animal se rasca o se peina ».



Fig. 23. — En el campo « Tres Esquinas »: un nido de leñatero sobre una planta de cardo

Obsérvese además que la gruesa suela del talón (no propiamente « un disco » como decía Hudson) sirve también para la función de alarma cuando el vizcachón o las otras vizcachas se asustan y huyen, sobre todo cuando no hay luz: dan un fuerte golpe con los talones ya sea al arrancar a correr o al saltar directamente a la boca de la cueva, y esta última operación es de radiidez fulmínea; ese golpe, que resuena en el campo, de noche, es señal de alarma general para todas las vizcachas del rededor.

Una última excursión fué realizada a la estancia « Tres Esquinas » en la estación Almada, del señor Carlos Wesley Smith, por un pedido que me hicieron para que observara las huellas de la caída de un supuesto meteoro, acaso una fulgurita, de lo cual traje materiales. Aproveché para observaciones locales, entre otras, de un nido de leñatero (*Anumbius anumbi*) sobre un cardo (fig. 23) situación precaria por ser planta anual, y que nunca he visto el nido así.

Los materiales mayores de nuestra expedición fueron traídos hasta Buc-

nos Aires en un barco, gracias a la gentileza de la Sociedad « Frigorífico de Gualeguaychú », a cuyas autoridades quedo agradecido. Otras atenciones, también, agradezco a los doctores Rómulo Arteaga y Roque J. Merlo y al señor Director del diario *El Censor*.

Al regreso, hasta cerca de Puerto Constanza, hice que nos precediera cazando nuestro baquiano en otro automóvil y así logramos aumentar nuestra colección de aves acuáticas.

En resumen, esta hermosa región reclama un estudio continuado antes que se modifiquen sus condiciones naturales, que son admirables. Una propaganda eficaz en favor de la protección de sus ambientes es una necesidad imperiosa para quien llega a conocerlos.

Versión Electrónica

Justina Ponte Gómez

División Zoología Vertebrados

FCNyM

UNLP

Jpg_47@yahoo.com.mx